

EUROPA, 2017: UNA NUEVA ENCRUCIJADA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. José Luis García Delgado *

Hablar de Europa, “pensar” Europa parece obligado en un año —este 2017— que aún, como mínimo, señalados aniversarios de la historia reciente y una apretada agenda de convocatorias electorales de ámbito nacional con amplia trascendencia para el conjunto.

Entre los aniversarios destacables, dos han sido repetidamente recordados. Uno, el sexagésimo del Tratado de Roma, que acaba de dar pie al premio Princesa de Asturias de la Concordia a la Unión Europea, haciendo buena, por cierto, la propuesta de nuestra Corporación. También ha habido ocasiones de recordar los primeros veinticinco años del Tratado de Maastricht, que se cumplieron el pasado febrero. Sorprende, en cambio, que nadie haya reparado en los setenta que ha cumplido el Programa de Recuperación Europea, esto es, el Plan Marshall, cuya justificación y cuyas líneas principales —ayuda de Estados Unidos a condición de abrir en Europa la senda de la cooperación económica— las expuso el entonces Secretario de Estado en la Universidad de Harvard precisamente el 5 de junio de 1947, un momento clave para revertir el estado de postración —física y psicológica, material y moral— de todo un continente devastado por la guerra.

Por su parte, la agenda electoral apenas ha concedido respiro desde el pasado mes de marzo: primero en Holanda, después en Francia para elegir presidente de la República y en varios estados federados alemanes, continuando el incesante cuentagoteo en el Reino Unido, en Italia —escalón administrativo— y de nuevo en Francia para determinar la composición de la Asamblea Nacional, desembocando cuando comience el otoño en las legislativas de la República Federal de Alemania.

* Sesión del día 27 de junio de 2017.

Si a ello se añade la sucesión intermitente de los golpazos del terrorismo en varias de las ciudades y capitales europeas más renombradas, y se suma el inicio de la negociación del Brexit entre el Reino Unido y las autoridades de Bruselas, el tema resulta inesquivable.

Lo que sigue pretende ser un modesto aporte a esa compartida preocupación.

* * *

Para comenzar, situémonos por un momento diez años atrás. Cuando la integración europea conmemoraba sus bodas de oro, el cincuentenario del Tratado de Roma, en 2007, recién incorporados doce nuevos países, la Unión Europea podía alardear de una trayectoria en franca progresión, tanto por las sucesivas ampliaciones como por la densidad del entramado institucional, y podía exhibir las singulares credenciales que expresan estos tres porcentajes: 7%, 20% y 50%, es decir, el 7% de la población del planeta, el 20% del PIB de la economía global y el 50% del total del gasto social mundial. Credenciales ciertamente envidiables; nadie mejoraba tal combinación de proporciones.

Claro que no habían faltado las vacilaciones —el euroescepticismo ha sido recurrente en segmentos apreciables de la opinión pública—, incluso descreimientos, como los que se tuvo que combatir advirtiendo de *El coste de la no-Europa* (Informe Cecchini, 1989). Pero el motor no se paraba. Con un saldo inequívocamente también positivo: en la Europa que dejaba atrás los años dominados por “la muerte” y “el mal” (Arendt); en los territorios que no hace tanto albergaron un “continente salvaje” (Lowe), paz y libertad y prosperidad se combinaban mejor y más duraderamente que en ninguna época anterior (Judt).

Y bien, diez años después lo que se ha hecho evidente, una vez más, es que la autocomplacencia nunca ayuda, que no es buena compañera. Y se la cortejó demasiado mientras se prolongaba —con altibajos menores— el largo ciclo de crecimiento económico que enlazó, en buena parte de la economía mundial, el último decenio del siglo XX y los primeros pasos del siglo XXI. Se llegó incluso a establecer como convención casi unánimemente aceptada —la miope suficiencia de los economistas— que el desarrollo de las economías avanzadas había dejado atrás para siempre las grandes fluctuaciones susceptibles de desencadenar hondas y extendidas crisis. De ahí la perplejidad y el estupor generalizados ante el súbito cambio de escenario que provocó la Gran Recesión al término del primer decenio del nuevo siglo: primero en las principales economías atlánticas y luego, durante el ejercicio de 2009, en la de todo el mundo.

En Europa, en la Europa complacida de sí misma que podía interpretar la caída del muro berlinés como el “fin de la Historia” (Fukuyama), la inesperada y abrupta alteración acabará en —dicho con sentido autocrítico— “la peor crisis financiera, económica y social de la posguerra” (*Libro Blanco sobre la futura Unión Europea*, presentado por la Comisión el 1º de marzo de 2017). Una profunda crisis —bien lo sabemos hoy los españoles— que se va a enquistar al menos durante un lustro en los países de la periferia.

Al menos a tres hechos, coincidentes en el tiempo, hay que remitirse para explicar la intensidad de la Gran Recesión a escala europea. Los tres, hasta cierto punto sobrevenidos, no fácilmente previsibles, han sumado sus efectos en la misma dirección: provocar un vuelco en la confiada percepción de la Unión Europea sobre sus propias posibilidades.

El primero, las dificultades de gobernanza y articulación en la Unión Europea derivadas, a su vez, de un doble hecho. Por una parte, la ambiciosa y simultánea integración de doce Estados, los incorporados entre 2005 y 2007, con economías en niveles bajos de desarrollo y con tejidos institucionales muy frágiles. Una apuesta arriesgada —aunque moral e históricamente justificada— a favor de la Europa privada de libertades durante largas décadas, que se hace la misma víspera de los acontecimientos que trastocarán las condiciones dadas mientras se negociaban y acordaban las correspondientes ampliaciones. A los problemas de gobernanza y articulación que ello planteará hay que añadir, por otra parte, los que provienen de la muy incompleta arquitectura con que inicia su andadura el euro: una moneda sin Estado y sin unión bancaria, y una política monetaria común sin el respaldo obligado de la armonización presupuestaria y fiscal. Debiéndose sumar también el *impasse* institucional que provoca el rechazo del Tratado Constitucional justo durante esos mismos años.

El segundo acontecimiento que concurre y empuja hacia el cambio de circunstancias es el frustrado desenlace de la “Primavera árabe”. Lo que apresuradamente, a partir del final de 2010, se interpretó como una nueva oleada de democratización, esta vez al otro lado del mediterráneo —en Túnez, Argelia, Libia, Siria, Egipto, Irak...—, pronto revertirá en turbulencias de todo tipo: Estados fallidos y enfrentamientos tribales, cruentas guerras civiles, masivos desplazamientos de personas —en calidad de refugiados o de emigrantes involuntarios—, crisis humanitarias de enorme entidad, renovada erección de regímenes dictatoriales y multiplicación de brutales acciones terroristas dentro y fuera de las propias fronteras del mundo árabe. Una verdadera “sacudida del gran magma islámico” (Ortega).

Un tercer hecho contribuirá a dotar de complejidad al momento: la recuperada vocación imperial de Rusia conforme nos adentramos en el nuevo siglo, con demostraciones consumadas de fuerza en algún caso —Ucrania— y tensión mantenida en los alrededores de las repúblicas bálticas y los países nór-

dicos. Dos flancos estratégicos de la Unión Europea, en consecuencia, emitiendo simultáneamente señales de alerta: vulnerabilidad de la frontera oriental e inseguridad en la meridional, tan permeable ésta a los acontecimientos que se dirimen en la otra ribera marítima.

El entrecruzamiento de todos esos vectores magnificará en suelo europeo —ya se ha dicho— el impacto de la crisis económica. La caída de la actividad se traducirá de inmediato en altas tasas de desempleo, fuente principal a su vez de una creciente desigualdad y de multiplicadas expresiones de exclusión social, sin que el mayor endeudamiento público evite severos recortes en casi todas las partidas de los presupuestos estatales, también de aquellas destinadas a atender a la población en condiciones más precarias.

La pérdida de renta que todo ello supone para apreciables colectivos de la población y, acaso más importante, el corte en las expectativas de promoción social que trasmite un enrarecido mercado de trabajo en aquellos países que soportan los niveles más altos de desempleo, añadirán motivos de inquietud y protesta a los que alimentan la “crisis de los refugiados” y el arribo incesante y masivo de inmigrantes (salvando esa fosa común en que se ha convertido el Mediterráneo).

Si además se incorpora a tal combinación el insatisfactorio cuando no reprochable comportamiento de algunas élites dirigentes, así como cierta impotencia de los dispositivos institucionales para encarar con rapidez y buen pulso los problemas sobrevenidos, lo que viene a continuación no debería haber sorprendido. Donde antes prevalecía entre la ciudadanía una tranquilizadora conciencia de seguridad y de sucesivas mejoras tanto en plano individual como en el social, pasa a extenderse una honda sensación de “malestar” (el término escogido en 1930 por Freud, *El malestar de la cultura*, para describir otra fuente de desasosiego, de desazón, de incomodidad indefinible). Esa insidiosa disposición de ánimo —desde el desasosiego hasta la indignación— que alimentará todo tipo de movimientos defensivos o de repliegue.

Frente a la globalización —en tanto que causante de la crisis económica internacional—, la defensa que pueden proporcionar políticas proteccionistas. Frente a la inmigración —que disuelve identidades homogéneas y pautas culturales particulares—, controles, vallas y muros, como los que ya se levantan en la ruta de los Balcanes entre Turquía y el Mediterráneo y el corazón de Europa. Frente al cosmopolitismo y la supresión de fronteras —que facilitaría el contagio de factores adversos—, renovada pulsión intervencionista y de cierre. Frente a la integración supranacional, actitudes favorables a la renacionalización.

Terreno abonado para el populismo. Óptimo caldo de cultivo para actitudes xenófobas. Fértil tierra incluso para la eurofobia. El *Brexit* —aún con

toda la complejidad de sus ingredientes explicativos— se anticipó a ponerlo de manifiesto con solemnidad. Y sirvió para espolpear a un buen número de fuerzas y movimientos de ámbito nacional y con respaldo electoral que tienen en común, con unos y otros matices, el rechazo del proyecto europeo de integración. Sobran razones, pues, para hablar de encrucijada: situación difícil, lugar en donde se cruzan dos o más caminos... Para hablar, incluso, de “crisis existencial” (Juncker) de la Unión Europea.

“Crisis existencial” a la que dan especial resonancia otros dos hechos que se insertan en tendencias de alargada duración. El primero es el *invierno demográfico*, en contraste con el patrón de África y todavía los de parte de Asia y América Latina, dados los muy bajos índices de fecundidad que alejan —y mucho— a todo el continente europeo de los niveles de reposición generacional.

Un hecho de máxima trascendencia por cualquiera de sus dos caras: se nace menos, se vive más. Por un lado —ya se ha apuntado— caída de los habitantes de Europa —incluidos los países no integrados— en el total del mundo: si hace cien años sumaban casi una cuarta parte, hoy apenas alcanzan una décima parte y las proyecciones anticipan que no pasarán de un 6% en 2050. Es verdad que las previsiones en demografía se hacen para no ser cumplidas, pero hoy por hoy todos los estudios son coincidentes al respecto.

La otra cara de ese rostro bifronte es el envejecimiento. De los 30 países del mundo con más altos porcentajes de personas mayores de 65 años, 29 son europeos (el otro es Japón). Un continente con más abuelos que nietos (en España, un millón más), con la extensa serie de repercusiones sobre la sostenibilidad del sistema de protección social; sobre la capacidad de adaptación a innovaciones y tecnologías disruptivas; sobre comportamientos y actitudes electorales; sobre el riesgo de fragmentación social por razón de edad.

(Un tema de máxima relevancia que en España tiene un componente adicional de no menor interés: el *desierto demográfico* que, por la muy desigual distribución de la población por el territorio, afecta a una buena parte del medio rural, a la mitad aproximadamente de casi 8.000 municipios dispersos por nuestra geografía peninsular e insular. Y puesto que los territorios menos poblados son también los que más desequilibrio acusan en la composición por edades de sus habitantes, con abultado predominio de ancianos, la dicotomía geográfica y generacional en España no es una mera posibilidad espectral, sino un hecho hoy bien constatable.)

Segundo registro: sin poseer la exclusividad, en Europa están conociendo una marcada fuerza las tensiones que afronta el sistema político que la propia Europa ha hecho suyo y extendido durante el último siglo: la democracia representativa. Tensiones con variado origen: malformaciones adheridas en

el curso del tiempo (*Estado de partidos*, prácticas clientelares, opacidad, corrupción...); dificultad para incorporar plenamente las nuevas modalidades de relación que la comunicación en red permite entre representantes y representados; abiertas pulsiones anti-sistema de variado perfil ideológico, con propuestas alternativas de democracia directa o asamblearia... Algo así como si la democracia representativa sufriera lo que en las técnicas de construcción se entiende por “fatiga de materiales”. Lo que remite, en todo caso, a un problema de calidad: de calidad en instituciones y en los comportamientos. Para decirlo coloquialmente: en Europa la democracia no es problema de cantidad sino de calidad.

Hasta aquí el recuento de los factores —unos de carácter episódico y otros de carácter estructural— que contribuyen, de un modo u otro, a explicar la inquietud por la suerte de Europa en la conciencia de tantos y tantos europeos.

* * *

Pero no quiero terminar sin apuntar algunos signos que, en el ecuador ya del año, señalan un cierto cambio de rumbo respecto a la deriva de los meses y años precedentes.

Hace tan solo un trimestre, antes de las elecciones en Holanda, el catastrofismo imperaba, celebrando los eurófobos la inesperada ayuda que les iba a brindar el nuevo inquilino de la Casa Blanca (“el Brexit será una maravilla; habrá otras salidas de la UE”), cuando apenas encontraban eco las voces más templadas que seguían apostando por la “utopía razonable” de cuyo acto fundacional, el Tratado de Roma, se cumplieron en marzo sesenta años. “Los mejores carecen de toda convicción, mientras los peores están llenos de apasionada intensidad”: la visión poética que un día describió Yeats parecía del todo precisa.

Pero, en contra de lo anticipado por tanto “pesimismo complacido” (la expresión es de Claudio Magris), no siempre sucede lo peor. En los Países Bajos, el partido extremista y xenófobo de Wilders ha visto frustradas en marzo sus expectativas de victoria. En Alemania, en todas las elecciones parciales hasta ahora celebradas, la suma de votos de los proeuropeos (democristianos y socialdemócratas, liberales y verdes) alcanza porcentajes muy altos (cerca del 90 por 100 en Renania del Norte-Westfalia, el *land* más poblado). En Francia, Macron, el candidato a la presidencia más partidario de la integración (“euro-peísta radical”, le espeto Marine Le Pen en el momento álgido del debate televisado que ambos sostuvieron) ha ganado mucho más holgadamente de lo que casi nadie auguraba. En fin, al otro lado del Canal de la Mancha, el Partido por

la Independencia del Reino Unido (UKIP) ha perdido un 85% de los votos obtenidos hace dos años (600.000 ahora frente a 3,8 millones en las elecciones de 2015). Las señales que emite la cargada agenda electoral de 2017 indicarían, por tanto, un reflujo del populismo más conservador y de corte nacionalista, no concediendo posiciones mayoritarias para las opciones que han blasonado su beligerancia “antieuropeista”.

Hay más, y tanto en el ámbito institucional como en el propio de la sociedad civil. En éste, por ejemplo, iniciativas convocando a la ciudadanía en apoyo al proyecto integrador, como la que bajo el lema “Pulso de Europa” idearon un puñado de jóvenes alemanes en Frankfurt a finales del año pasado y que ya está siendo secundado en un centenar de ciudades de una docena de países europeos. Y en aquel —el institucional—, donde se sitúan las propuestas y realizaciones políticas, al menos dos novedades importantes. Primera, el cierre de filas de los 27 frente a Londres en la estrategia negociadora de la salida del club; una marcada sintonía (“gracias por unirnos, Brexit”, se ha escrito con agudeza) a la que no estamos ciertamente acostumbrados tras los sonados desencuentros en torno a los “rescates”, a los planes de ajuste y recortes, o la acogida y el reparto de refugiados. Segunda, la declarada voluntad de acometer empeños durante largo tiempo bloqueados (por el Reino Unido, precisamente, bastantes de ellos): culminación de la unión bancaria, avances en la coordinación presupuestaria y primer pergeño de la Europa de la Defensa y la Seguridad, y también de la Europa Social.

Es como si el Brexit y el efecto Trump hubieran dado nuevos bríos al proyecto europeo, confirmando lo que ya anticipó uno de los padres fundadores, Jean Monnet: “Europa se hará en las crisis”. Que viene a ser lo mismo que pensaba Jacques Delors al hablar, también en tono tan resignado como sabio, de “la larga paciencia” que exige el proyecto europeo.

